

•
• •

Es visible que unos nacen para ricos y otros para pobres, hecho fatal que explica el que haya no pocos cretinos con dinero y tantos que no lo son, privados de él. Una prueba: esta memorialista, mujer de la que puede enorgullecerse cualquier país como exponente de su cultura y de su genio étnico, fue perseguida por la pobreza toda su vida, y su lucha ha sido tanto más patética si se tiene en cuenta su raigambre aristocrática. Mas... muy escondido y secreto, ¿no habrá en ciertos seres de excepción una pequeña arrogancia complaciente en sus pellejerías? Cuesta aceptarlo porque la pobreza hace saborear amarguras que aquellos ajenas a ella no podrán aquilatar nunca; amarguras cuya impronta no borrará nada ni nadie jamás.

*
• •

Dije al comienzo que esperaba. No siempre quien lo hace desespera: he visto aparecer a la única escritora de este país capaz de moverse a sus anchas en el terreno nada practicable del ensayo y el cual terreno, salvo Amanda Labarca, María Soledad Uribe y alguna otra en sus especialidades, no había sido aún ocupado en pleno por una mujer, y, convengamos, lo ha sido bien escasamente por algunos varones. Porque en este libro la autora incursiona repetidamente en el ensayo llevada por reflexiones vivísimas que registra con acabado estilo y que en el futuro quizá llenen todo un libro en prestigio de nuestras letras. Esto, claro, si algo o alguien vence el escepticismo inquietante que, al parecer, satura el alma de Marta Vergara.

MARÍA CAROLINA GEEL

<https://doi.org/10.29393/At402-123SAAT10123>

El Santo y el Arzobispo y Ultimos Puntos de Vista, de WILLIAM SOMERSET MAUGHAM. Editorial del Nuevo Extremo, Santiago, 1959.

Bajo el sello de esta Editora se han publicado las versiones castellanas de las dos obras que ponen fin a la larga trayectoria literaria de William Somerset Maugham. Fueron sesenta años de actividad —se inició el escritor en 1897 con *Liza de Lambeth*— y desde entonces empezaron a fluir más novelas, obras de teatro, guiones cinematográficos, ensayos y algo de autobiografía. Difícil sería encontrar entre el público medianamente lector a alguien que no conozca una obra de Maugham. Difícil, digo, porque escribió con el objeto primordial de entretener —y la mayoría lee por deleite. Plenamente consciente de sus virtudes y limitaciones, se ciñó con severidad a aquellas esferas de la expresión literaria que conocía bien, rechazando toda tentación de trascender las fronteras que le eran naturales. Sabia medida. El propio Maugham confiesa que su visión no es tan penetrante como la

de los grandes escritores, pero que tiene una gran dosis de sentido común, lo cual le permite percartarse de lo inmediato con claridad extrema. No han de buscarse en sus obras las grandes frases impregnadas de grandes pensamientos, ni verdades profundas, o el soplo metafísico. Pero sí, en cambio, encontraremos la chispa viva y elegante del ingenio, sencillez y claridad en el estilo, una objetividad basada en su natural escepticismo, reforzado éste por sus estudios médicos de fin de siglo y posteriormente por su dilatada experiencia de viajero. La frialdad aparente del escritor en sus cuentos y novelas le acercan al naturalismo francés, y le valió durante una década el apelativo de "cínico". Maugham sobrevivió al juicio pasajero, aunque reconoció que "fue Francia la que me educó, Francia la que me enseñó a valorar la belleza, la distinción, el ingenio y el buen sentido. Fue Francia la que me enseñó a escribir". *Liza de Lambeth*, con su ambiente de bajo fondo londinense, muestra la poderosa influencia de los maestros del naturalismo galo. Aquel "cinismo" no es otra cosa que el hábito de observación sistemática y desapasionada que se encuentra más a menudo entre los hombres de ciencia que entre los escritores, apunta el crítico John Brophy. Más exacto sería hablar, agrega él, de "clinicalismo". Esta actitud, en todo caso, constituye una de las serias limitaciones de Somerset Maugham, porque ella no sólo infunde a sus personajes novelescos un campo de acción estrecho y escaso en profundidad, sino que constriñe la proyección de la calidad de la mente gestora. Incluso en sus ensayos autobiográficos cuida de emitir juicios comprometedores sobre los problemas que preocupan a los hombres. Sus observaciones, siempre expresadas con claridad, no encierran ninguna convicción íntimamente sostenida, salvo la duda que todo le merece. En *El Santo y el Arzobispo* encontramos un ejemplo típico. El primero de los dos ensayos que comprende la obra narra la vida de un *swami* u hombre santo hindú. Nos cuenta Maugham que durante un tiempo sintió la influencia del Hinduísmo: "y me sentiría más inclinado a creer en aquel Dios que en cualquier otro que hayan ideado los deseos humanos... Pero no creo que pase de ser una fantasía impresionante". El título de la obra en inglés es, justamente, *Puntos de vista* (Points of View). No sé por qué se prefirió traducirlo bajo el nombre de *El Santo y el Arzobispo*, en circunstancias que el original explica claramente la tolerancia característica y la imparcialidad de Maugham. El escritor ofrece dos actitudes hacia la religión, y crea un aire de bondad en torno al *swami* Venkataraman y el Arzobispo de Canterbury, John Tillotson. No debe pensarse, sin embargo, que Maugham ha escrito un tratado de teología o explora terrenos elevados; ni es aquélla su predisposición natural, ni tampoco su buen sentido profesional le permitiría hacerlo. Nos entrega un resumen liviano de las creencias religiosas del *swami* a modo de preparación previa al relato biográfico, aspecto que forma la médula de este trabajo. Narra la vida del santo y la relaciona con su medio ambiente. La India finisecular, mas sin vulnerar la unidad de su relato. Las observaciones personales del autor le confieren amenidad y vigor constantes, cualidades infaltables en la prosa de este escritor.

El ensayo destinado a examinar al personaje occidental —el otro “punto de vista”— concentra su atención tanto en la prosa como en la vida del discutido Arzobispo Tillotson (1630-1694). No obstante la evidente simpatía de Maugham hacia el clérigo, especialmente en lo que atañe a su prosa, el ensayo no logra el éxito del anterior, aunque no dejan de ser interesantes las acotaciones del novelista con respecto a los estilos de diversos escritores ingleses. Hace valiosos distingos entre la prosa sencilla y la florida, y expresa inequívocamente sus propias referencias y opiniones, las que a menudo difieren de los juicios comunes. Observa, por ejemplo, que la prosa de Lord Macaulay “hace el efecto de un tren expreso a toda velocidad sobre rieles en mal estado”. Según mi entender, su estilo es límpido, fluido, exento de artificios, pero su defecto yace más bien en la superficialidad de los conceptos. Sus juicios como historiador podrían calificarse de ligeros y faltos de la objetividad necesaria a esta disciplina. Maugham compara a Hobbes con Locke, y a Milton con Joseph Addison, pero sin dar ejemplos confirmatorios. En suma, trata temas de interés para los iniciados y los conocedores de la tradición literaria inglesa, pero no para el lector corriente que ignora los secretos de una cultura foránea. El ensayo abunda en nombres cuya mención continua, incluso, tiende a romper la unidad del trabajo. Afortunadamente, el propio don narrativo de Somerset Maugham alivia en gran medida el contenido de esta versión en castellano. Y el ensayo demuestra, una vez más, cuán hondo ha calado en su oficio este escritor.

Ultimos Puntos de Vista es un libro magnífico y digno broche de oro a la carrera de Maugham. Consta de tres ensayos. En el primero de ellos se refiere al cuento como género literario, y comenta los métodos y la vida de Katherine Mansfield y Anton Tchekov. Aquí está retratada en forma inolvidable la personalidad humana, compleja, torturada, de aquellos escritores. Anota las diferencias entre las técnicas de los cuentistas europeos y la del genial ruso, monteniéndose cerca en todo momento de las circunstancias biográficas de sus elegidos, y utilizando a menudo el diálogo con el objeto de impartir aun mayor agilidad a su ensayo. En la página 48 Katherine entabla la siguiente conversación con Middleton Murry, connotado crítico que a la postre se convirtiera en su esposo:

“Durante una de estas conversaciones, luego de una pausa, ella preguntó:

—¿Por qué no te haces mi amante?

—¡No, por favor! —replicó él—. Eso lo echaría todo a perder, ¿no lo crees?

—Es posible —repuso ella.

Más tarde, él se sorprendió al saber que esta respuesta había ofendido amargamente a Katherine...”.

En la página 75 Maugham cita un diálogo pleno de patetismo entre Jules y Edmond Goncourt; en la página 97 otro entre Jules Renard y su hijo Fan-

tec, y más adelante humaniza a Goethe y su mundo —para nosotros tan distante— citando párrafos de la autobiografía del autor de *Werther*.

Volviendo al ensayo inicial, intitulado *The Short Story*, Maugham emite juicios acerca de Henry James, para muchos uno de los más finos escritores de cuentos en toda la literatura, que no serán del agrado de sus admiradores. Considera Maugham que los cuentos de James "son bastantes deficientes... Sus personajes carecen de entrañas y órganos sexuales" (páginas 11-12). Kipling y Maupassant también son comentados, siempre con viveza y con la autoridad de un artífice de valía en tan difícil género. Toda persona sensible a la magia de la palabra escrita apreciará la opinión tan personal del octogenario autor.

El segundo ensayo —el mejor logrado— se refiere a la vida y a los Diarios de los hermanos Goncourt, de Jules Renard y de un contemporáneo, Paul Leautaud, siempre enfocado en íntima relación con el mundo y las figuras que les rodearon. Son pinceladas ágiles, plenas de colorido, que traslucen la febril actividad de los corrillos literarios franceses de tres generaciones comprendidas aproximadamente entre 1850 y nuestro medio siglo. Sin ser trabajos originales en el sentido de la investigación personal, Maugham se aproxima a los Diarios en su modo característico que concluye por retratar a sus elegidos de cuerpo entero, con las idiosincrasias de sus temperamentos, sus facciones, sus mujeres y la vida llena de agitación y de personajes ahora célebres con quienes departieron. Aparecen los Goncourt como "novelistas de poco imaginación y ningún sentido de la forma. Estaban convencidos de que las cosas son tan importantes como la gente, lo que les hacía describir lugares, casas, muebles y objetos de arte con insoportable extensión". Están Gautier, Saint-Beuve, Alphonse y Julio Daudet, él con su "ataxia locomotriz... una de las penosas consecuencias de la sífilis... Para dormir en la noche debía tomar fuertes dosis de cloral y en los malos días estaba obligado a ponerse de cinco a seis inyecciones de morfina", confidencias que Edmond reveló en su Diario, y las que éste, a su vez, rehusó omitir, haciéndole ver a Julie "que su Diario era el más bello documento a la amistad literaria que jamás existiera". Lógicamente, los Daudet no lo veían así.

Con igual fidelidad aparecen Renard y Leautaud y sus respectivas épocas. Este último, relativamente desconocido entre nosotros, dejó un Diario que no ha sido publicado en su integridad. Dice Maugham:

"Se han publicado cuatro volúmenes que tratan de su vida desde 1903 hasta 1924... Cuando esté completo, arrojará una visión hartamente interesante del mundo literario de su época. Tratará de personas que nada tienen que ver con las comentadas por los Goncourt. Sainte-Beuve, Taine, Renan, Michelet, Flaubert, habían muerto hacía tiempo. Como también habían fallecido los poetas Victor Hugo, Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y Mallarmé... Hasta los novelistas populares como Alphonse Daudet y Emile Zola habían muerto. ¿Quiénes eran entonces los autores sobre los cuales escribía Leautaud? Sería injusto decir que eran triviales... Está Henry de Regnier, poeta delicado y gracioso; está Barrés, que intoxicó a los jóvenes con su *Culte*

de *Moi*, pero después se dedicó a la política y a la propaganda; está el talentoso y cultivado André Gide. Está Anatole France, muy admirado en su tiempo e injustamente despreciado en el nuestro. Está Moréas, un griego, cuyo *Stances* fue muy admirado por Leautaud y a quien tenía simpatía por su modestia, su bondad y su vida bohemia; está Apollinaire, un polaco que fue muerto en la Primera Guerra Mundial; está Paul Valéry...".

Por último, Maugham comenta las tres novelas de Goethe, *Las Cuitas de Werther*, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* y *Las Afinidades Electivas*. Lo hace, dice Maugham, porque le agrada, "y si hay una mejor razón para escribir algo, aún no la conozco". Utiliza el mismo método de los ensayos anteriores, relacionando los argumentos a los hechos personales en la vida del insigne alemán. Goethe emerge como una figura de dimensión humana. Volvemos a mirarlo con un sentido de proporción que tiende a perderse en la leyenda y la fabulosa calidad de su genio creador. *Ultimos Puntos de Vista* es lectura obligada para el admirador de Somerset Maugham, pero más aún para el hombre de letras. El primero admirará, como siempre, la sencillez y amenidad del estilo, y el segundo apreciará también el fino espíritu discriminatorio y la cultura acabada que se esconden detrás de la máscara.

A. T.

La Campana, de IRIS MURDOCH.
Editorial del Nuevo Mundo, Santiago, 1960.

Profesora de filosofía en la Universidad de Oxford, Iris Murdoch ha escrito seis novelas, cada una de las cuales evidencia los rasgos de su difícil disciplina. A su manejo del símbolo y del concepto abstracto trasladado al terreno de la ficción, une Iris Murdoch un conocimiento de la realidad externa, de la vida expresada en términos cotidianos que, tomados en conjunto, confieren a sus libros una solidez que la colocan entre los más señeros valores de las letras contemporáneas. En *La Campana*, tenemos la oportunidad de apreciar un ejemplo acabado de su maestría. Esta novela, la cuarta que escribiera, ha sido traducida al castellano por José Manuel Vergara, y su versión capta, hasta donde es posible hacerlo, el sabor del original. Se observa el evidente aprecio del novelista nacional por la calidad maciza que emana de la escritora inglesa, en el cuidado de la prosa en cada párrafo, en cada imagen, en la traslación de términos a un equivalente pasable y digno. Esto lo he podido comprobar mediante la comparación de ambas versiones. Ya quisieran otros autores extranjeros contar con un intérprete de la calidad de Vergara, a quien, a más de cierta afinidad personal con las características propias de Iris Murdoch, la ayudan su indudable conocimiento de la literatura anglosajona y del clima social imperante en la Gran Bretaña de postguerra.

Iris Murdoch irrumpió en el ambiente literario de su país hace aproximadamente nueve años con *Under the Net* (Bajo la Red), novela que los críticos colocaron entre las expresiones de protesta, conjuntamente con las